

les parásitos. La única nota racional en aquella deshecha borrasca de irracionales pasiones, fué la despedida por quien tuvo la buena idea de leer un escrito redactado por Pétion, cuya materia y objeto eran tender lazos de concordia entre los girondinos y los montañeses combatientes. En tal éxito se juzgaba con severa imparcialidad al tribuno y se decía de él todo lo malo y todo lo bueno, aconsejando se tomara por la Gironda de Robespierre lo primero y se deshechase lo segundo. Girondino el presidente de la Convención y del Ayuntamiento, con vistas hacia la Montaña, razonaba en una grande abstracción y con una grande frialdad, cuando todos combatían en el estadio de lo real y todos se abrasaban en las llamas de un intolerante fanatismo. Además el ministerio político de Pétion acababa. Calabocero del rey, vigilándole desde la municipalidad en las Tullerías, amóle con amor excesivo la revolución, mientras desempeñaba este oficio bajo; llegando á prenderle de mentirigillas, para que no corriera peligro ninguno la noche del 10 de Agosto y pretextara caso de fuerza mayor, la dejación y abandono de sus deberes legales contra los revolucionarios y para con las instituciones. Dolo y embuste, que no le costaron la vida, pero que le costaron la honra. Así no tuvo influencia su mediación. Desecháronla á una los jacobinos, como la Gironda también, á una, desechó antes las mediaciones de Danton.

La calumnia en tal estado del espíritu público, lo dominaba todo. No se podía oír lo que hablaba Robespierre de la Gironda; no se podía oír lo que hablaba la Gironda de la Montaña. La credulidad pública lo escuchaba todo con verdadero interés y lo creía todo con verdadero candor. Nadie se acordaba de aquel donoso dicho de Montesquieu, quien habiendo reñido con un abate su amigo, exclamó: «lo que yo diga del abate y lo que diga el abate de mí, no lo creáis, porque hemos reñido.» Para Robespierre los girondinos, eran unos reaccionarios redomados é impenitentes, los cuales en el oceano de la revolución, sólo buscaban su pesca. El duque de Orleans á quien aparentaban desdeñar en público, los dirigía en secreto. El tesoro de la casa real había sido durante la legislatura su tesoro privado; los más conspicuos al traidor Lafayette, servían y en la corte penetraban, por todos los pasadizos secretos; el jefe suyo Brissot promovió la guerra para impedir la República y estuvo en Londres al mismo tiempo que madame Lamballe, para promover todas las cóleras reaccionarias y realistas contra Francia. Es verdad que llevaron los marseleses á París, pero los llevaron no en obsequio de la forma republicana, con propósito de alcanzar la regencia para los Orleans, y la tutela del Monarca para Condorcet. Proclamada la República, quisieron ahogarla con la guarnición departamental, destinada en sus confabulaciones á suprimir y anular el poder de París. Y no solamente lo creía según vamos viendo, Robespierre, enemigo de la libertad, érejalos enemigos de la patria. Para él nunca los bordoleses, entraron de buen grado en el acerbo común de la nacionalidad francesa. Dominados largo tiempo durante la historia medioeval por Inglaterra, volvían á Inglaterra los ojos y llamaban á los ingleses contra Francia. Todos podían oírles á cada instante

cómo alababan los tiempos aquellos en que no fueron franceses. Y todos conocían su federalismo, en cuyo fondo palpaba la separación. Así no solamente había que perseguirlos como enemigos de la República, las circunstancias imponían que se les aniquilase, como enemigos de Francia. Roland estaba de acuerdo con el gobierno del Piamonte y la Cerdeña, para que violasen á Francia y pasaran la frontera del Sudeste. El ministro de la Guerra Servan, se había dejado su ministerio para encargarse del mando de las tropas occidentales y abrir el desfiladero pirináico, á las españolas irrupciones. Madame Roland calumniaba en sus tertulias á todos los buenos; ponía los fondos secretos á disposición de los libelistas reaccionarios; tramaba conjuraciones en su harén masculino donde galleaban Brisot y Barbaroux, con ánimo de partir en dos á Francia y cercenándola, perderla para siempre, perdiendo con Francia, los derechos de la humanidad. Sieyes, el topo de las asambleas socababa tenaz y astuto, metido en los subterráneos á guisa de Marat, las bases firmísimas donde se levantaba la tribuna, y Carrá, escritor predilecto de la Gironda, proponía se diese la corona tradicional de los Reyes depuestos, al generalísimo de la irrupción extranjera. Parece imposible que se pudiera creer todo esto, de una escuela tan conocida en Francia como la Gironda, por un hombre tan enterado de todo como Robespierre, pues creyéralo el estadista y no lo creyera, difundíalo por todas partes, decíalo á todo el mundo, componiendo esa triste atmósfera de calumnias, en cuyo azoe se asfixian el calumniador y el calumniado. Por su parte los girondinos devolvían estos dichos en moneda igual y acusaban de todas las monstruosidades más increíbles, de todos los crímenes más inverosímiles, de todos los proyectos más abominables, al triunvirato que formaban Marat, Robespierre, Danton, sus enemigos del alma. Para los girondinos indudablemente las tres cabezas medusicas de aquella terrible apocalíptica hidra que se decía la Montaña, pugnan por exterminar todos los buenos patriotas y sobre sus caláveres erigir un trono tan despótico y oriental como el trono de Baltasar, el trono de Nabucodonosor, el trono de Sardanápalo. Los tres harían esfuerzos sobrehumanos para sostener la libertad y reemplazarla con su dictadura colectiva, pero ya en esta dictadura el más feroz de los tres, el más criminal, el más asesino, en guisa de ogro que por su naturaleza era, se comería como en los cuentos de niños á sus dos colegas y erigiendo el trono de Satanás sobre Francia, volcaría el infierno en la tierra y haría que se plegara como pergamino en aquel apocalíptico desastre, hasta los gritos del aire y hasta los espacios del cielo. Y así como los montañeses no creían patriotas, ni de Francia hijos á los jefes de la Gironda, los girondinos en su desquite, ni siquiera creían hombres á los jefes de la Montaña y les consideraban monstruos mitológicos, abortados por las pesadillas generadas en las noches sangrientas de Septiembre, fuera por su naturaleza y por su crueldad y por sus implacables entrañas del humano linaje. Y con estas discordias fundar una duradera República.

Todo esto hacía que miles de misteriosos móviles, impulsasen los actos y determi-

naciones de la Convención, en opuestos sentidos. Pero la Convención en una sola cosa estaba comprometida, unánime, como si fuerá un solo hombre que hubiese aquistado estos compromisos con su voluntad y con su conciencia; estaba comprometida en el establecimiento y conservación de la República. Bien hubieran querido los estadistas de fuste, los previsores por naturaleza, los enemigos de toda improvisación repentina, los verdaderos políticos, mantener mucho tiempo el grande Concilio nacional, como representación tangible de la nacionalidad que formaba Francia, como depósito del alma de esta entidad soberana, como arca donde iban los recuerdos de las generaciones pasadas, y los intereses de las generaciones presentes, y los derechos de las generaciones futuras; pero sin decidirla por ninguna forma de gobierno, la cual una vez proclamada, echábala en los brazos de un partido solo y no en los brazos de todas las gentes francesas. Pero la impaciencia de los jóvenes republicanos; el idealismo vago de la Gironda, helénica por su naturaleza y así republicana; el natural deseo de sustituir á una forma de gobierno concluída, otra forma de gobierno nueva; el terror de que unas fracciones se adelantasen á las otras, en la proclamación de esta nueva forma de gobierno y la presentaran como título de mérito y adelanto al sufragio popular y al pueblo todo, forzó los ánimos, impulsó los acontecimientos, sacó de sus quicios las naturales series anteriores á la consagración de tan difícil fórmula, é hizo que los convencionales en vez de votar la República, tras debates solemnes dignos predecesores de aquel gran cambio, la proclamase como en un club, entre frenético delirio, cual se proclaman no las constituciones legales, no, las instituciones revolucionarias. Una hora bastó para que se forzase la máquina y se fuese la Convención impulsada por corrientes eléctricas superiores á toda voluntad humana, donde no hubiera querido ir si un poco recapacitase sobre lo necesario que es á la sociedad no tomar el tallo por el árbol, ni la flor por el fruto, ni la realidad por la esperanza. Pero proclamada la República y queriéndola más amplia, más republicana si es permitida esta redundancia, los montañeses, y queriéndola también los girondinos, pero más conservadora, más monárquica, si este contrasentido es admisible, debía desde luego establecerse una competencia, que pareciendo á primera vista competencia por el ideal y la teoría, en realidad era competencia por el poder y por la vida, con todo el carácter de los combates cruentísimos, entre las especies inferiores, hambrienta. Robespierre no fué nunca decididamente republicano; Danton era demasiado estadista para sacrificar á cualquier forma de gobierno, los intereses y los progresos patrios; sabía Marat destruir pero no sabía crear: los únicos republicanos apostolizantes, fueron el filósofo Condorcet, el impaciente Brissot, el masaliota Barbaroux, el heleno Vergniaud, la grande Aspasia de toda aquella poética escuela que parecía crecer bajo los plátanos del Pireo, la incomparable madame Roland. Pero ¡ay!, que los ideales son respecto del pueblo, aquello que son los soles, respecto del planeta. Si acercáis mucho el pueblo al ideal, se abrasa y consume también.

Para producir la vida es necesario tener la tierra distante del sol. Los montañeses querían llevar el pueblo francés hasta el logro de las idealidades abrasadoras y porque los detenía la Gironda y sus jefes para que se alcanzasen los frutos y provechos, de la distancia, llamabanla ¡pérfidos!, apóstata y traicionera. Así habían de buscar por todos los medios pruebas demostrativas de que los girondinos en su alma, no eran por modo ninguno tan republicanos como ellos y encontraron un tema terrible. Nadie se había del rey acordado en los primeros meses de la Convención, recluso dentro del Temple, imaginaban todos guardarlo allí para que sirviese de prenda pretoria contra las maniobras y avances de los reyes irruptores. El día que la plebe pretendió agredir aquella fortaleza para mostrar á la reina el cadáver de su amiga Lamballe, impidiólo el mismo ayuntamiento revolucionario á todo trance y hasta con fuerzas en armas. Pero el maquiavelismo terrible de los montañeses, quienes se determinaban á su trágica propuesta sin odio alguno en las entrañas al rey cantivo, adivinando cuanto repugnara en la fracción helénica un sacrificio inútil de éste, propuso que demostrase la Gironda su republicanismo, ya que tan profundo y exaltado era, con una demostración clara y sencilla, con una demostración esencialmente republicana, con la muerte pública, solemne, aparatosa en la guillotina, de Luis XVI. Esta bomba terrible, mató de un estallido á la Gironda y al rey. Y así pasó el primer período de la Convención.



## CAPITULO CUARTO

De cómo comenzaron y cómo concluyeron las instituciones realistas

Al llegar á este punto, al punto en que la vieja monarquía desaparece, debemos detenernos un poco recordando su formación y su establecimiento, sin cuyo recuerdo no comprenderíamos su vida intrínseca, su naturaleza propia y el desarrollo de esta vida y esta naturaleza, único medio suficiente á explicarnos su descomposición y su muerte. Quien dice monarquía, no dice la monarquía de Luis XVI únicamente; dice toda la monarquía. Verdad que acaba el viejo absolutismo histórico y monárquico, en la persona de Luis XVI, reemplazándolo el régimen parlamentario y constitucional, que, bajo sus apariencias realistas, constituye una verdadera República. Pero Luis XVI no aparece de súbito en el tiempo y en el espacio, es hechura de muchas generaciones, producto de muchas ideas, fase postrera del tiempo, que parece por lo duradero la eternidad, vivo corolario y resumen del ideal que amanece allá en las extremidades orientales y que llega en su movimiento dialéctico, hasta los extremos occidentales de nuestra Europa, último continente monárquico, pues América surge y aparece á nuestros ojos, como un continente republicano en su esencia. Las sociedades humanas componen y descomponen ellas mismas estos organismos tan grandes como la monarquía y no hay medio de saber por qué se disolvieron, si no se sabe también por qué se formaron. Indudablemente los primeros hombres tal y como nos los muestran las edades prehistóricas, vivieron en guerra entre sí mismos, como hoy los indómitos salvajes de las pampas y de los desiertos, sin formar sino muy tarde la familia, superior al ayuntamiento